

Ciudad Masaya

44 MIL habitantes. Siete iglesias.
Y un Santo.
Caseríos indios despeinando los cerros
y la raya de un arado volviéndolos a peinar.
Tardes de aguardiente franco y marimbas enamoradas.
La Alcaldía hereditaria.
El Jefe Político.
El Comandante general, doscientos guardias.
Y una escuela.
Media bartolina.
Cincuenta y pico de cantinas.
6 parques. 1 vago.
Diez tiendas diez árabes diez pleitos diez dados:
un coimato.
El hospital de caridad con su capillita encapuchada.
Una familia de visita.
Un muerto nadie.

La india y la tierra

ECHAMOS la tortilla,
zurcimos las enaguas,
mercamos, sufrimos.
Parimos,
dormimos.

Vamos al cuartel con la batea,
visitamos al hombre preso,
cargamos con los hijos,
andamos descalzas.

Sembramos los palos,
engordamos los chanchos,
espulgamos al muchacho,
espantamos al gato,
estamos en el mercado, sentadas, vendiendo tomates.

Estrenamos en la fiesta un tapado negro,
le bailamos al Santo,
saludamos al cura párroco,
regresamos cargando al hombre borracho.

Andamos en las guerras calentando el café,
enterramos a la gente.

Nunca decimos nada.
Morimos solamente.

Avenida's de arena arrastradas por el invierno
Casas antiguas, medio Colonia medio Patria, con zaguanes,
corredores,
jardines,
jazmines,
flores. Polvo.

El humo tosigoso del volcán barcino verde sulfuroso.

Y en las noches, cuando los jazmines perfuman larga largamente
y las guitarras pasean su romántica serenata con luna,
la ciudad borda estrellas en el delantal de la laguna!

Así es el pueblo

AQUI viene,
caminando solita,
la única calle que tiene.

MARIO CAJINA VEGA

Alfonso Nurinda

Compañero:

¡Salud!

Porque tus manos hicieron el milagro del pan
y tu sangre es leche en el potrero;
tus músculos surco y grano,
y la poesía del cañal florecido
un bosque de banderas resplandecientes
que anunciaran la luz de un futuro potente.

¡Salud!

Porque tus manos hicieron el total:
rozar, barrer, arar, sembrar,
deshierbar, aporcar y cortar,
emparvar, aporrear,
hasta regar el surco con sudor.

¡Salud!

Porque tus músculos crearon la poesía
de esta flor gigantesca,
la noche sublunar con pétalos de plata
y diste tu color de barro a las espigas.

Arbol seco

MUDO, sin pájaros,
Gris, sin sombra.
Pena en la verdura.

Poronga

MANOS precolombinas dieron forma a la sed,
modelaron el barro primitivo.

Fue después de la jícara,
fue después del huacal.

Las mujeres congregaron el barro,
en la plaza lo juntaron:
barro rojo como el oriente rojo;
barro negro, como el oeste negro;
barro blanco del color del norte;
barro amarillo del color del sur.

Recorrieron la sed para buscar la forma.

Amasaron el barro,
lo redondearon,
lo cocieron.

La poronga trajo el río a nuestras casas,
recogimos el invierno con guizpal.

FRANCISCO PEREZ ESTRADA